“Si estos seres se procrearan entre sí, la descendencia sería aun mejor, más fuertes e inmunes a casi cualquier cosa…”

¿Que quien soy? Yo era el mejor de la clase, el único capaz de entender lo que nadie más podía, mi mente era privilegiada, no como la de esa panda de estúpidos. Ellos sí que eran escoria, me repugnaban por el mero hecho de ser diferente, pero lo que no sabían es que yo los odiaba aun más. A todos.

Gafas, pantalones con tirantes, camisa a cuadros, pelo rizado, bajito... si, ese era yo.

Era capaz de resolver cualquier problema de matemáticas en menos de 5 minutos, de formular teorías que todavía estaban por descubrir... y sin duda, me apasionaba la rama biológica con la que creo que me llegué a obsesionar. Pero logré superarlo, o eso creí entonces.

Durante unos años estuve trabajando en un proyecto muy importante, se basaba en principios genéticos, conseguí mezclar diferentes caracteres para crear algo magnífico, pero no solo a nivel externo, sino que durante ese tiempo di con la forma de procrear el interior de una persona, ¿sabéis lo que eso significa? Bueno, no creo que vuestros limitados cerebros llegaran a comprenderlo nunca.

Gracias a ese descubrimiento, podría hacer que desaparecieran los miedos, podría anularlos hasta obtener a una persona totalmente neutra, que no sintiera dolor, que simplemente se rigiera por las normas sin distinciones de ningún tipo… y si esos seres se procrearan entre si la descendencia sería aun mejor, más fuertes e inmunes a casi cualquier cosa…

Ya casi estaba, y pensé que ojalá yo pudiera haber tenido la oportunidad de ser así, sin sentimientos, los sentimientos no servían para nada, algo que no se puede analizar al 100% nunca podría ser bueno...

Era el momento de darle vida.

La reanimé, pero no salió como esperaba; mi creación era perfecta, pero algo falló, no reía, no lloraba, era como un ser muerto, había hecho de mi hija una persona muerta, y solo para que fuera fuerte, y nunca tuviera que esconderse de nadie en los recreos del instituto…

Mi obsesión le había costado la vida a mi hija y nunca me lo perdonaría, cogí el revólver y delante de ella me pegué un tiro en el pecho. Fue entonces, justo antes de morir, cuando sentí que algo húmedo caía sobre mi mejilla. Sonreí.

 **Helena Calo Ons**